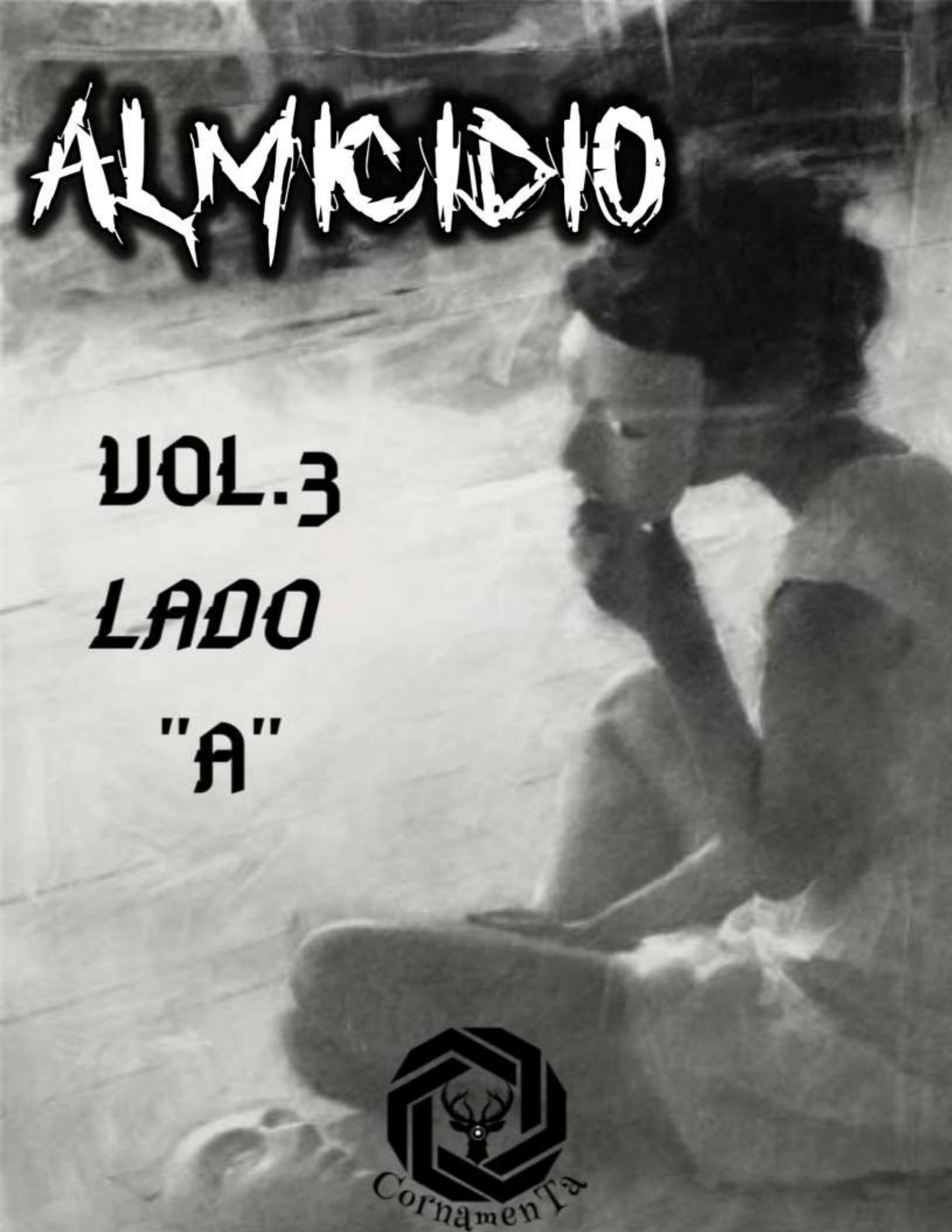
ALMODIO

VOL.3

LADO

"A"



CornamenTa

© Revista Literaria ALMICIDIO

Revista literaria de difusión mensual

DIRECCIÓN:
Alejandro Ramírez Ortiz
Jesús Quinto Celestino

Imágenes:
Portada: Laurent Millet

Contra portada e interior: @seb.
pexels.com.es

Diseño:
Alhe-Rams

Puede ponerse en contacto con nosotros en la siguiente dirección de correo electrónico:
Cornamentaeditorial@gmail.com

Las obras presentadas son propiedad autoral de sus creadores, o de las instituciones que en su caso detenten los derechos (incluyendo, pero no limitado a texto, logotipos, contenido, fotografías, audio y video), y también están protegidas por las Leyes de Derecho de Autor; la alteración o deformación de una obra, así como su reproducción, exhibición o ejecución pública sin el consentimiento de su autor o del legítimo titular de los derechos correspondientes, es constitutivo de un delito tipificado en la Ley Federal de Derechos de Autor, así como en las Leyes Internacionales de Derecho de Autor.

El uso de imágenes, fragmentos de videos, fragmentos de eventos culturales, programas y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, es exclusivamente para fines educativos e informativos, y cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

CON HORROR: a los lectores.

La espera ha terminado.

Bienvenidos sean a este número, los seres cósmicos y los astros han trazado el espectro de luz para iluminar a los habitantes de la ciénaga.

15 países, un solo palpitar.

Que lo disfrutes.

BIENVENIDO AL NIVEL MÁS ALLÁ DE LO HUMANO, ESTA ES LA ÚLTIMA LLAMADA.

J.Q.C

A.R.O.

ESCUCHANOS

Sintoniza nuestro podcast RADIO SINIESTRA.
Sabrás qué hay detrás del proceso creativo y nuestras influencias.
Además escucharás en la voz de sus autores, los relatos y poemas mejor valorados de la revista.
No te lo pierdas. Todos los miércoles desde las 6.00am.

Listen on Apple Podcasts · Spotify · YouTube

MANDA TU TEXTO A NUESTRO CORREO:

almicidioliterario@gmail.com

Cornamenta

Contenido

Posaura Alzogaray 7

La plaza 7

Nicole Zevallos Alarcón 9

CENIT 9

Wsneider Cano Montoya 10

EL CAMPO DEL PERDÓN 10

Alma Delia Blancas Mirano 12

Demencia 12

Duraham Lapitp 14

ESPADA OXIDADA 14

BORRASCOSA MELANCOLÍA 15

Ale Montero. 16

Mutación 16

Gustavo Sáenz 19

Pluralidad de los limones 19

Jonathan Ordoñez Noirfalise 21

Estado Mental 21

Kendra L. Gaytan Castro 24

Lluvia de verano 24

Marjaneh Vargas Barajas. 26

Obsesión con la imagen corporal. 26

Eunice Martínez 29

La Loca del Desamor 29

Mayra Vázquez Laureano 32

¿Por qué ver y leer *Carmilla*, la vampiresa LGBT del siglo XIX? La novela gótica adaptada a serie web 32

VIVIANA SANTOS 36

Díptico panorámico 36

Alex Villalobos Scandiacus 38
Tertulia con mi bailarina 38
Jeimy Alessandra Sánchez Galván 40
LLUVIA DE VERANO 40
José Rodolfo Espinosa Silva 42
Guía para pasar desapercibido cuando se viaja por el tiempo. 42
Gonzalo Gala Guzmán 44
La vejez del alma errante. 44
Byron J. Encinas Velázquez 47
EN LA VASTEDAD 47
Karina Patricia Del Santo 50
Crónicas humanas 50
El ensayo, género absoluto 51
Gustavo Sáenz 53
Pluralidad de los limones 53
Leonardo E. Arteaga Ibarra 55
Glaciares e incendios forestales 55

Posaura Alzogaray

La plaza

La plaza está dormida,
frente a ella, en la iglesia
bostezan las campanas.

Los árboles silenciosos y oscuros
lloran lágrimas de lluvia,
pero en una esquina,
un roble, viejo centenario,
acoge a los pájaros que en racimo,
acuden a sus ramas
en un ritual secreto,
bullicioso y único.

Como una espía invisible,
me he sentado a escuchar y ver,
dos cosas sencillas,
que el tiempo a veces,
no las deja crecer.

Las calles sigilosas,
rodean a la plaza
y cantan una ronda,
mientras la noche avanza.

En un rincón, callada,

la calesita espera

que la bañe la luna

y le pinte estrellas,

para que sus caballitos,

aviones y carretas

no se olviden nunca,

que los niños sueñan.

Nicole Zevallos Alarcón

CENIT

Una mofa hacia la carne, es una carcajada de aflicción

Se restringen las formas, te ensordece el dolor

Desnuda en solitud, inerme hasta el hueso

Desnuda hasta la médula, hasta el meollo del asunto

En la falaz madrugada, entre canciones de cuna

La tierra me hace suya y me hace florecer

Toda yo en complitud

Por un momento que es inmortal

Expiando los vicios, sacralizando la pulcritud

Sin bagaje, ni conciencia

Sin culpa

Ni suciedad

Es la real esencia

Las letras de mi nombre

La *quididad* del ser

Wsneider Cano Montoya

EL CAMPO DEL PERDÓN

Cuentan los que se atrevieron a asomarse corriendo un poco las cortinas, que allá, en medio del campo baldío, estaba un hombre de rodillas, con las manos atadas y el rostro seriamente lastimado. En derredor, cuatro o cinco hombres le miraban ansiosos. Uno de ellos, el más bajo de todos, apuntaba un revolver directamente a la cabeza del desdichado. La escena discurría en silencio. El hombre del revolver miraba ensimismado a aquel otro, que no se atrevía a levantar el rostro.

Aquel silencio fue roto por uno de aquellos que rodeaban al tipo: "es él, señor." El hombre bajo pareció despertar abruptamente. "¿Es él?" –Preguntó- como si no fuera posible lo que le estaban diciendo. Otro de los que allí estaban, contestó afirmativamente a la pregunta, y añadió: "El miserable que mató a su hijo." Aquellas palabras hicieron estremecer al hombre arrodillado, como si de improviso comprendiera porqué estaba allí.

Dicen los insospechados testigos de aquel suceso, que el tipo del revolver bajó el arma, y, postrando las rodillas en el fango, desató las manos del otro, ante el desconcierto de los que allí estaban. Estos, fuera de sí, no entendían cómo, aquel hombre dejaba libre al asesino de su único hijo. ¿Qué motivó a aquel sujeto, largos años anhelante de ver ante sí a la persona que lo llenó de dolor, actuar de tan extraña manera? Nadie lo supo, porque no quiso o no supo responder ninguna de las preguntas que en desorden le hacían los otros.

El hecho es que aquel que iba a ser ajusticiado, desapareció del lugar, casi sin ser percibida su huida. El hombre, con el revolver aún en la mano, se alejó de allí lentamente, como si pensara en cada uno de sus pasos. Este hombre, quien era conocido por los vecinos del lugar, desapareció pocos días después. Algunos dicen haberlo visto en el centro de la ciudad, cual loco, pensando los pasos como lo hizo aquella noche cuando se retiraba. Otros, aseguran que vive en otra ciudad, donde los ecos de aquella su historia no parecen perturbarlo. Los más osados, han dicho que se suicidó, con el mismo revolver que, por unos momentos, apuntó hacia el asesino. Lo que sí es cierto, porque hay un pequeño altar que lo confirma, es que, después de aquel extraño evento, el sitio donde sucedió lo ya contado,

recibió por nombre “el campo del perdón”. Un perdón que hasta hoy nadie entiende, más no se quiere olvidar.

Alma Delia Blancas Mirano

Demencia

Estando cuerdo jamás pude entenderla, ¡no recuerdo si al sentirla, la reconocí!, pero ya era parte de mí; era como una afección en mí, en mi cuerpo. Muchos años de mi vida pude vivir sin ella y ahora parecía que estaba adherida a mí, no era dueño de mí al estar con ella. Desde que llegó conmigo, cada día fue interfiriendo más y más en mi vida, a su lado parecía un loco enamorado, un perdido empedernido que caminaba como león enjaulado en las cuatro paredes de mi hogar.

Yo ya era un poco mayor, toda mi vida había trabajado en una empresa, más o menos bien pagado; me casé ya grande con una mujer rubia, alta, de ojos azules, su nombre, quizá pudo ser el más hermoso seguramente como ella; pero murió hace algunos años en un accidente automovilístico, había salido de viaje para visitar a uno de mis dos hijos, ambos varones. Uno de ellos vivía en Canadá con su esposa, una mujer muy amable y mis dos nietos maravillosos; cada año nos veíamos en vacaciones escolares y hacían un desastre en mi casa, que hubieran visto amigos míos, ¡qué desastre! El otro de mis hijos vivía cerca de mí, ¡claro, cada quien en su casa!; también se casó con una mujer muy bella, tenían solo una hija, mi nieta; ella me iba a visitar todos los días a casa después de ir al colegio. Un hombre muy afortunado, amigos míos, muy afortunado; Yo todo un viejo jubilado, vivía feliz en mi casa llena de recuerdos.

Todos los días que iba a visitarme mi hijo con su esposa o mi nieta, cerraban la puerta con seguro y mis fuerzas ya no podían abrir ese candado tan pequeño, pero de grandes cadenas, muy fuerte como Yo en aquellos años de juventud. El otro día me dieron la buena noticia que mi otro hijo vendría a visitarnos, me emocioné tanto que salía agua de mis ojos torrencialmente de alegría, tantos días sin vernos y ya mañana llegaría. Llegó la familia, convivimos un rato y ya de tarde salieron al cine a divertirse todos juntos, Yo ya no quise ir con ellos, pues la plática había sido larga y ya me sentía un poco cansado, además hacía frío y de repente el pecho me dolía. Ya era tarde para la función y salieron tan de prisa que todo olvidaron y eso que el viejo era Yo. Olvidaron las chamarras de mis nietos; así es que salí tan rápido como pude para entregárselas y no enfermaran, me acerqué a la puerta, pero ya la camioneta había arrancado, ¡tan olvidadizos!, dejaron la puerta abierta y salí un momento, aun queriendo gritarles para que me escucharán, pero ya no pude hacer nada.

De repente miré hacia atrás, solo sentí un viento fuerte en mi cuerpo y ya no recordé hacia qué lado había caminado ni tampoco a qué salí. Seguí caminando hacia la derecha, hasta que se me hizo de noche. Mis pies ya me dolían y me senté cerca de un parque, no conocía a nadie, en algún momento alguien se acercó a mí, Yo ya me sentía sucio y maloliente, era un joven y al lado de él venía una mujer muy bella y una niña que desde lo lejos me gritaba

“abuelo”, agitaba la mano y sonreía; el joven me miraba dulcemente, la mujer me acariciaba, les dije que no, me tomaron por la fuerza, me trajeron a su casa, me asearon y ahora ¡no sé dónde estoy!, él dice ser mi hijo, pero está demente; ¡Yo ni hijos tengo!, ¡Yo sólo estaba esperando en el parque a mi novia, traigo conmigo su chamarra por si tiene fríO!, ¡Ella es una mujer rubia, alta, de ojos azules!, ¡Hermosa!, ¡Se llama Margarita!, ¡Mi hermosa Margarita!.

Duraham Lapitp

ESPADA OXIDADA

Estoy

Oxidado

Como aquella espada

Que yace en un almacén abandonado,

Esperando un Daimio o un Shōgun que la empuñe

Sin tener vida propia ni afuero

Por una existencia noble.

Sólo me regocija saber

Que el filo de otras

Espadas será la caída

De otras existencias

Fútiles de este

Desdeñoso

Mundo.

BORRASCOSA MELANCOLÍA

Miles de gotas llenan mi dolor.

Ni un millar de paraguas apaciguarían esta pena.

Toscos y sombríos son mis devenires.

En la oscuridad de mis días,

El frío procaz devora las notas de mi corazón.

La melodía de la ausencia entona mi ensoñación.

Las falaces figuras del ayer

Se desvanecen en la melancolía.

El arco iris del nuevo amanecer nunca llegará...

Ya en el fonógrafo se escucha el réquiem

Que acompaña con lirios

La comparsa de mis lúgubres momentos

Ale Montero.

Mutación

Se escuchaba algo deslizándose. Arnulfo exploró su casa sin encontrar anomalía. Notó que el ruido provenía de las paredes. Pegó su oreja. Se oía arena recorriendo la parte interna. Exploró varias paredes de su hogar. Se escuchaba el mismo ruido. Dejó la investigación pendiente, fue a dormir. Cuando despertó el ruido era más intenso, similar a un inconmensurable enjambre. Se levantó rápidamente, con ojos muy abiertos, tropezándose y chocando con sus muebles. Pegó su oreja a la pared. La despegó enseguida; el sonido era insoportable. Fue a la cocina. Regresó con un martillo. Dio golpecitos a una pared. Abrió un agujerito. Cayó de nalgas al suelo boquiabierto. Se arrastró hacia atrás sin perder de vista el agujero. Un raudal de insectos verdes salió del orificio; eran tantos que en poco tiempo cubrieron toda la pared. Eran parecidos a hormigas, pero de mayor tamaño, resplandecientes y verdes. Corrió tropezándose afuera de su residencia. Por las ventanas se podía observar cómo las criaturas se esparcían por todo el interior de la casa. Los transeúntes se paraban a ver el fenómeno junto al dueño del hogar.

— ¿Qué pasó aquí? —preguntó un transeúnte, asombrado.

—No sé. Había un ruido extraño en mi casa, golpeé la pared con un martillo y de un agujero comenzaron a salir esas cosas.

Pronto los insectos cubrieron toda la casa. La residencia se volvió una gran masa de pequeñas alimañas moviéndose de un lado a otro. Se escuchó una sirena acercándose. Unos bomberos bajaron de un carro que se estacionó rápidamente. Uno de ellos lanzó un gran chorro de agua a los insectos. Los animales quedaron inmóviles, parecían un muro verdoso. Una enorme masa de insectos avanzó a toda velocidad hacia el bombero de la manguera. Éste corrió, pero fue alcanzado. Las alimañas subieron por debajo de su uniforme hasta cubrirlo totalmente. El cuerpo cayó convertido en un esqueleto. Los insectos volvieron ordenadamente a la casa. Los transeúntes se fueron corriendo. Arnulfo se alejó, decidió quedarse en casa de su hijo mientras resolvía su problema.

Pasaron días. La casa seguía infestada. La gente se limitó a caminar lejos de ahí. Los insectos con su exoesqueleto verde y resplandeciente resultaban bellos por su rareza,

causaban admiración a los transeúntes. En pocos días la residencia, al igual que Arnulfo, se volvió famosa mundialmente. Los reporteros investigaban su localización para entrevistarlo.

Los católicos atribuían la plaga a un castigo divino. Científicos afirmaban tratarse de una hormiga que mutó debido a los efectos de la contaminación. El gobierno quería demoler la casa, así como matar a los insectos. Una organización no gubernamental defendía la vida de los rutilantes artrópodos. Entomólogos y biólogos también se oponían al gobierno ya que anhelaban estudiar a las evolucionadas criaturas. Según sus teorías, habían mutado por la irrigación de fertilizantes químicos. Atribuyeron un exceso de fósforo y nitrógeno al brillo verdoso de sus exoesqueletos. Debido al estudio de los artrópodos mutantes se podría, entre otros avances, conocer completamente los procesos y requerimientos nutricionales del suelo. Las redes sociales se llenaron de discusiones éticas, científicas y religiosas acerca de la intervención más conveniente respecto a los verdes insectos.

Arnulfo regresaba a su hogar varias veces a la semana para verla de lejos. Observaba las estrellas con lágrimas en los ojos, sollozando, mientras recordaba momentos vividos.

—Ya me quedé sin casa.

Vio en el cielo un objeto circular que se perdía entre las nubes.

— ¡Un ovni!

Las redes sociales se llenaron con fotografías de ese objeto. Muchos suponían que se trataba de una estrella fugaz y de basura espacial. Los religiosos dijeron tratarse del regreso de Jesús.

Trascurrió un mes. El enjambre continuaba moviéndose en la superficie interna y externa de la residencia; sin embargo, durante una noche se divisó en el cielo nocturno una esfera de impresionante fulgor descendiendo lentamente a la ciudad. La gente comenzó a encerrarse en sus hogares. Algunas personas huyeron a otras ciudades.

— ¡Es el ovni de Facebook! —se escuchaba en las calles.

La esfera rutilante se detuvo frente a la casa infestada sin tocar el suelo. En el colosal objeto se abrió un pequeño orificio. Raudales de insectos subieron a la esfera, introduciéndose ordenadamente por el agujero. Cuando todas las criaturas entraron el orificio se cerró. La esfera emprendió el ascenso. Las personas comenzaron a salir de sus hogares y vieron a la misteriosa esfera partir con lentitud hacia el firmamento hasta perderse en la oscuridad.

Gustavo Sáenz

Pluralidad de los limones

De la naranja lo que quisieres, de la lima lo que pudieres,

Y del limón cuanto tuvieres.

Toda disertación sobre los limones, es un ejercicio de reflexión sobre la versatilidad; esta fruta cítrica se usa para todo: para eliminar manchas de la piel, blanquear las uñas, reducir la grasa de la piel, fijar el cabello, como desodorante, exfoliante y para combatir el acné. Algunos aseguran que beber jugo de limón en ayunas, es un remedio ultra eficaz para adelgazar; es antioxidante, por lo que, si lo untas a una manzana partida por la mitad, evitas que se ponga negra; combate los malos olores ambientales; alguien aseguró que es un remedio contra la gripe: "ajo, cebolla y limón, y déjate de inyección"; reduce los niveles de estrés, favoreciendo el buen humor; bueno, inclusive hay personas inquietas que lo han usado para encender foquitos led o generar fuego. Por supuesto, se agrega a toda clase de frutas y comidas para "sabrosearlas"; hasta para nombrar colores es útil: "esa chica trae un vestido verde limón". Enlistar todos los usos que se pueden dar al limón en este espacio sería una tarea estéril, pero no puedo dejar de mencionar que descubrí que también sirve para relacionarse:

Un sábado por la noche, caminaba algo exaltado por Av. Madero; los turistas habían aprendido a esquivarme e ignorar mi excitación. Andaba perdido en el laberinto de personas reunidas para admirar el encendido artístico de la Catedral. Salió una mano entre la muchedumbre y mi nombre fue pronunciado. El dueño de la mano era un tipo delgado, blanco, rubio, con ojos y sonrisa de niño. Se llama Francisco. Es grabador y especialista en cultura purépecha; con él estaban nuestro amigo común, el escultor Marco Antonio López Prado, y un escritor chileno, Roberto Rimsky (muy blanco y mayéstico[1], casi british), un poco ruidoso e impertinente; en medio de las presentaciones me percaté que traía consigo (además de su último libro) un volumen titulado *Cultivos arbóreos de México a la Patagonia* y otro denominado *Dendrología asiática*. Disfrutamos ampliamente del encendido y luego nos instalamos en el bar favorito de López Prado. Roberto y yo hicimos equipo de inmediato; cuando pedimos el primer tinto, ya nos llevamos bien; después del último tequila, a eso de las tres de la mañana, somos viejos amigos, casi hermanos. Charló un poco sobre la situación social de su país, sobre la violencia característica de Michoacán, vinculó esta con el amor, derivó el tema en la literatura, aprovechó para hablar sobre la multiplicidad de su obra y terminó explicando, sin que se lo preguntase, el porqué de los libros que traía consigo:

—Estamos realizando una investigación para nuestra nueva novela.

1

Ante la pregunta obligada respondió: ¡Los limones!, parloteó sobre el origen asiático (entre el Himalaya y China) del cítrico cuyo nombre procede del árabe *laymún*, las variedades que existen, y me contó la leyenda del limón de oro: "Dicen algunos que hay un limón de oro al año; otros, que sale uno cada cien años, o que cada generación tiene el suyo, pero que lo cierto es que estos singularísimos y áureos cítricos pasan inadvertidos y no se sabe qué es de ellos, algunos se pudren en el piso con sus hermanos comunes. Pero estos limones de oro son capaces de curar cualquier dolencia del cuerpo y del alma y quien prueba su zumo jamás vuelve a sentir sed". Aseguró que, desde que sabe estas cosas, acaricia con unción cada limón que cae en sus manos, por si acaso resulta ser el bueno. Aunque, ya borracho, me dijo que su gran secreto, solo conocido por sus más íntimos, es que su próxima novela será su propio limón de oro, será tan maravillosa que todos querrán leerla y no volverá jamás a sentir hambre o sed. El único problema, me confesó, es que "no sabemos cómo comenzar".

Antes de que continuara parloteando le dije: no intentes explicar al limón, quien no ha abrazado a un limonero en las horas oscuras, no puede comprender la sensación de escuchar correr la savia por sus arterias, no puede saber del olor de la nostalgia que producen sus hojas y el alivio en el ánimo que provoca el zumo de su fruto al morderlo; no puede conocer el sabor de los recuerdos; no puede concebir la tristeza del grillo, que canta para no olvidar aquel viejo limonero que fue su hogar antes de terminar en el taller del ebanista. Quien no ha recolectado sus frutos al amanecer para preparar la limonada del mediodía, no conoce verdaderamente al limón. Su textura, a la vez suave y rugosa, es el recuerdo de las manos de las nanas.

Con un ojo al gato y otro al garabato, Paco Villa se incluyó en la conversación para relatar la vez que probó el manjar de limón de mi abuela, de la magia que supone presenciar su elaboración y la delicia de su consumo. Roberto me hizo prometerle que le daré la receta, ya veré como esquivo después esa promesa, ya que he olvidado el proceso.

Desperté a las ocho en mi apartamento, había dormido dos horas, pero el hambre me movilizó. Descubrí a Roberto en mi cocina. Como estaba en mi departamento, husmeando en mi refrigerador, supuse que ya éramos amigos. Siempre me ha intrigado el proceso de "hacer" amigos; el inexplicable mecanismo de lo afín, el cómo y por qué se construyen las complicidades; no basta tener una misma profesión o similar ideología, tampoco parecidas pasiones estéticas garantizan el nacimiento de una amistad. Es difícil decir por qué se es amigo de alguien, pero no se duda de una amistad una vez establecida. Me pregunto si un político es capaz de sentir tal certeza.

Cuando Rimsky encontró lo que buscaba, giró hacia mí con las manos llenas y exclamó: ¡Preparemos ese manjar!

Jonathan Ordoñez Noirfalise

Estado Mental

Cosecha de desorden
La llevo de regreso hoy
Traigo el todo en mi casa
Por miles de razones
Abro el paquete
Y lo vacío por intermitencia
Cambio de lugar cada objeto
Los pongo por todos lados
Echo agua
Para no quemarme demasiado
Agarro de nuevo el desorden
Y lo engancho al muro
Y trato de bien colocar todo
Para mejor observarlo
Hago caer todo sin parar
Rompo los retratos uno por uno
Pero trato de volver a pegarlos
Todo me resbala de los dedos
Estoy insatisfecho
El color de los muebles
No es el que yo quería
Busco mis llaves
Arrastrando el parquet
Pero me planto
Astillas en los dedos
Intento de limpiar los trastes, la vajilla
Antes de darme cuenta
Que nunca he tenido jabón

Me resbala de los dedos
Tengo que golpear mis rodillas
Contra el piso
Para recogerlo
No sé como
Voy a ir a correr mañana
Salgo mi pluma estilográfica
Y la rompo por mitad
Para no presionarla demasiado
Dentro de mi brazo izquierdo
Dentro de mi brazo derecho
En las manos sobre una cruz
La madera me atrae
Estoy a veces en el bosque
Pero hace completamente oscuro
Solo oigo los animales
Las bestias salvajes
Mis orejas se levantan
Pero cuando regreso a casa
Muestro los colmillos
Cuando estoy a solas
Reduzco mis alimentos a pelusa
Afilo mis cuchillos
Para más tarde
Cuando habrá más nervios
En mi bistec
Salpicado de desorden
Cuanto puedo odiar
Esos muebles
Este color se empaña
Demasiado rápido
El candelario suspendido
Empezó a balancearse
Las sombras se desplazan

Con él, en la sala
Todo vibra, inmóvil
Es el momento donde el fuego se apaga pero
No hace frío todavía
El desorden se escondió
En la chimenea
Tan ensuciada
Pero la lluvia vuelve a caer
Después de este momento suspendido
Es llovizna
Al lado de todo lo que derramé
El hollín se mezcla
Con el desorden
Y todo se derrama sobre la madera del piso
La oscuridad corre
Sobre el parquet
Y parece mezclarse
Con las sombras agitadas
Ya no tengo las ganas de limpiar
Por lo menos, eso me cambia
El color de mis muebles
Hago caer mi encendedor
Al piso, allí, donde me hollino
Todo lo que me rodeaba
Se coloreó de rojo
¿O es otra cosa que goteaba?
El desorden
Ahora
Llena
Mi casa.

Kendra L. Gaytan Castro

Lluvia de verano

El día después de su suicidio se despertó a las 6:47 de la mañana seguro de que estaba ocupando el cuerpo de alguien más, mientras el azul claro comenzaba a mostrarse a lo alto de las montañas. Su corazón palpitaba fuerte y estridente.

Las gotas de lluvia le recordaban su partida, porque las nubes cubrían el sol desde aquel día.

Se preguntaba si tal vez aquello era un sueño, de esos que se repiten una y otra vez antes de despertar, pero cada vez más se asemejaba a la realidad, entonces se cuestionó ¿en qué momento los sueños se pierden en la realidad? ¿O es que la realidad era un espejismo engañoso dentro de un sueño?

La muerte vagaba por los pasillos de la casa, cuál dueña y señora de la casa, dejando a su paso un rastro de polvo negro esparcido por el suelo, era el polvo de la muerte, la pócima mágica para incitar al suicidio a cualquier alma indecisa.

El cereal con sangre responsaba en la encimera, aun cuando cerraba los ojos en su cabeza escuchaba el chillido de la tetera. Y no era su culpa era de las voces, aquellas que le suplicaban un poco de café con veneno de rata como desayuno, unos pedacitos de carne humana como plato fuerte y un licuado de sangre como el delicioso postre de temporada.

El desgraciado había renunciado a la lógica de la vida dejándose llevar por la locura.

Su vida era un error, había matado a su mejor amigo, a su familia; caminaba por las noches vigilando la estufa de la cocina, pues seguro estaba que escuchaba susurros provenientes de las paredes en esa esquina.

Tomó el revólver escondido debajo de la mesa, se lo puso en la cabeza una y otra vez. Frente a él, un espejo que le mostraba su reflejo empañado, a veces sonreía, lloraba y reía. Tres días pasaron y él en el baño dormía, no pudo borrar los rastros de sangre de su familia, no pudo deshacerse del olor fétido de la cocina.

El sonido del grifo roto, de las gotas golpeando la porcelana del lavabo llevaba sonando por tres días, el ruido no le dejaba dormir pues por las noches se volvía una agonía.

Su casa se había vuelto como una tarde eterna de lluvia de verano, bochornosa, ruidosa y grisácea.

Frente a la cama de sus padres ve lo ojos de su madre fríos como canicas, abiertos le admiran con el mismo asombro que el día que le arrebató la vida, deambula por la casa, como si fuera un fantasma más del lugar.

En el patio trasero ve las hojas de los arboles caer, la brisa calurosa le avisa que está a punto de llover, toma del garaje un galón de gasolina, lo rocía por toda la casa mientras llora culpando a la muerte de todas sus desgracias. Con un grito de desesperación, enciende un cigarrillo, le da una, dos, y tres caladas hasta que lo arroja fuera de la habitación

Sube al baño, toma el revólver, se lo coloca en su cabeza y admirando su reflejo en el espejo, el olor a quemado llega a sus fosas nasales, la señal que tanto estaba esperando había llegado, tira del gatillo y cae directo al piso, lo último que vio fue un chorro de sangre espesa manchar las losas blancas de la habitación. .

Y fue así como el silbido de la casa se hizo más grande, solo para regresar en el tiempo y mostrarle que no fue la muerte, sino él quién provocó esta irremediable situación. Quien la culpó de algo que no hizo, solo para borrar los rastros de remordimiento presentes en su conciencia.

Entonces despertó y se dio cuenta que su castigo eterno sería la repetición continua de su última semana de vida, la repetición del asesinato de su familia, con la muerte sentada en una esquina, sonriente, divertida, con una risa de ultratumba y una mirada que decía >>*otra vez*<< cada lunes por la mañana, cada que iniciaba la semana. Para terminar en un viernes de lluvia de verano con la casa envuelta en llamas.

- Por favor, no más- suplicaba él.
- No, otra vez- dijo la muerte mientras sonreía debajo de la lluvia.

Y entonces abrió los ojos, era lunes… otra vez.

Marjaneh Vargas Barajas.

Obsesión con la imagen corporal.

La vista llega antes que las palabras-John Berger. Esta es una verdad a la que no solemos prestarle atención, ya que al vivir rodeados de medios de comunicación visuales y lingüísticos realmente no nos importa el orden en el que recibimos la información que estos nos proveen, es más ni siquiera parece importante la diferencia de tiempo entre el momento en que vemos una imagen y decimos algo sobre ella, este incluso parece nulo.

Pero hay una cosa a través de la cual su idea permea en nuestra realidad, y este es el hecho de que todos hasta cierto punto somos seres superficiales: Vivimos obsesionados con la imagen corporal, pues es lo primero que vemos de nosotros mismos cuando nos paramos ante un espejo, y es lo primero que vemos de otras personas cuando las vemos directamente, de modo que todo lo que viene después son solo palabras que tratan de describir lo que los ojos han visto, palabras cuyo lenguaje cae en la subjetividad de los estereotipos de belleza culturales.

Cada vez que una imagen es juzgada como atractiva tiende a iniciar un patrón, es decir una moda, y aquí es cuando se crean nuevas imágenes que reproducen los mismos patrones que la primera con el fin de ser juzgadas de la misma forma. El resultado es un estereotipo de belleza que depende en gran medida del contexto histórico y cultural de un espectador, y es por ello que estos pueden o perdurar en el tiempo o terminarse, revelando así una similitud o diferencia entre épocas distintas.

Por ejemplo: Las obras de arte griego creían en representar una idea de perfeccionamiento del cuerpo a través de la simetría de sus partes y de una marcada musculatura, objetivos que hoy en día buscan conseguir las cirugías plásticas y los tratamientos para aumentar la masa muscular. En la pintura al óleo de desnudos donde se cosificaba a las mujeres se puede notar que las imágenes representaban personas robustas, y dado a que ese tipo de pintura buscaba el placer del espectador se puede deducir que el concepto de belleza era muy diferente al que se tiene en la actualidad: antes gustaban los cuerpos voluminosos, y hoy en cambio gustan los cuerpos delgados.

Hay que ser claros en una cosa: una imagen no es bella o fea por cómo es, sino por cómo se describe después con palabras según el estereotipo de belleza vigente. En su libro *Modos de ver* John Berger hace una aproximación acerca de cómo se lleva a cabo este proceso de juicio de una imagen (sólo que en un caso más específico), cuando habla de la representación femenina en la pintura al óleo, propone que hay una diferencia entre el rol social de hombres y mujeres, donde la presencia masculina irradia poder e indica lo que los hombres pueden hacer; mientras que la femenina irradia pasividad e indica no lo que ellas pueden hacer, sino qué se les puede hacer, razón de que vivan examinándose a sí mismas constantemente, y por ende pensando en el ¿qué dirán?, según Berger: “El supervisor que lleva la mujer dentro de sí es el masculino: la supervisada es femenina. De este modo se convierte a sí misma en un objeto, y particularmente en un objeto visual, en una visión”.

Con lo anterior básicamente quiere decir que las mujeres lucen y se comportan en base a cómo las verá un hombre, porque con eso consiguen el trato digno que desean obtener en esta sociedad machista; sin embargo si tomamos la idea de Berger y nos enfocamos sólo en el auto-juicio que hace una mujer al decidir su apariencia física (sin considerar su motivación de ser respetada por un hombre), podríamos incluso ampliarlo

para así darnos cuenta de que estamos hablando de un proceso de auto-juicio que puede ser más complejo:

Los seres humanos en general, no solo las mujeres, contamos con un supervisor interno, y cómo después de ver usamos las palabras, es entonces cuando criticamos nuestro reflejo y damos rienda suelta a la ansiedad de cómo podrían los demás criticarnos también. Y tales palabras, tales críticas se basan en los estereotipos de belleza a los que estamos sometidos: criterios que usamos para describir imágenes y decir que son bellas o feas.

Y cualquiera que diga que no se deja influenciar en lo absoluto por algún estereotipo de belleza o la preocupación de cómo será descrito por los demás está mintiendo: Desde las actividades más simples como tomar un baño ya revelan un mínimo de importancia por parte de dicho sujeto, en este caso el de dar una apariencia pulcra, la cual no es sólo para sí mismo sino también para los demás, ya que la descripción positiva por parte de terceras personas que viene luego de verle (ya sea con palabras que se quedan en pensamientos o llegan al habla), es en lo que se basa su sentido de dignidad.

A final de cuentas el proceso de nuestra superficialidad es algo natural, ya que cómo decía Berger percibimos la imagen y después la describimos. Estamos acostumbrados a pensar en la superficialidad como si se tratara de algo malo, sin embargo si nos basamos en la mentalidad de la cultura coreana podemos darnos cuenta de que hasta cierto punto eso es algo positivo para nosotros: En Corea la sociedad en general le da mucha importancia al cuidado de la apariencia, ya que se piensa que se pueden conocer los valores de una persona a través del aparente resultado de dicho cuidado.

Sólo tomémonos un momento para reflexionar, ¿Qué se requiere para estar en un peso ideal? Pues tener los hábitos de la sana alimentación y el ejercicio, hábitos que no cualquiera adquiere y mantiene porque admítanoslo: es duro, y esa es precisamente la razón por la que allá se valora a las personas que lo hacen, pues su apariencia delgada es cómo una prueba de que tienen responsabilidad y disciplina para estar así. De modo que la forma que tienen de describir la imagen de una persona (que no sólo ve la condición física sino también la higiene y otros aspectos de arreglo personal), funciona como una motivación para que estas procuren buenos hábitos que les permitan lucir bien, y al final dichos hábitos impactan positivamente en la salud de las personas, sólo imaginemos la larga lista de enfermedades posibles que pueden provocar los malos hábitos de alimentación o higiene.

Es por ello que incluso podríamos decir que muchos estereotipos de belleza por el simple hecho de basarse en la limpieza y el buen físico son también modas positivas ligadas al cuidado de la salud, por lo tanto nuestra superficialidad no siempre es mala, ya que nos motiva a que nos importe nuestra apariencia y terminemos cuidando también nuestra salud.

¿Entonces cuándo es que es mala nuestra superficialidad? Esto ocurre cuando le damos *demasiada* importancia al estereotipo de belleza vigente, y digo vigente porque estos no duran: los cuerpos femeninos que las pinturas al óleo consideraban bellos ahora no son lo suficientemente delgados, entonces ¿Qué nos garantiza que la delgadez que hoy tanto se admira y desea, mañana seguirá siendo descrita de la misma manera? Aun así la posibilidad de que una moda sea pasajera es algo que ignoramos, da igual que la moda pueda acabar mañana, porque hoy se tiene que seguir como si fuera el último día, aunque en nuestra vanidad creamos que nunca habrá un último día. Sentimos que “tenemos qué” seguir la moda, como cuando sentimos que “tenemos qué” gastar un cupón que expira hoy.

Pero la importancia exagerada que radicamos en el estereotipo de belleza no es el único ingrediente para volver negativa nuestra superficialidad, pues también exageramos el

mismo estereotipo de belleza volviéndolo una utopía. Eso fue lo que sucedió cuando pasamos de admirar un cuerpo delgado y saludable a uno esquelético y mortal.

Cuando se establecieron números disparatados para la salud humana a las tallas de la ropa o al peso corporal, eso sumado a la importancia excesiva al estereotipo de belleza sólo por la aprobación en el espejo y en una sociedad regida por la moda vigente que bien podría acabar mañana luego de haberte destrozado. Y es que si todas las personas del mundo dejáramos de hacer tanto drama por un estereotipo que no es ningún Dios para decir tajantemente que algo es feo (y sin embargo tratamos como tal), y pensáramos "Ok, no vale la pena interesarme tanto, tal vez mañana hay otra moda completamente diferente a esta", no existirían las enfermedades para hacer un cuerpo "bello", tales como la anorexia, bulimia o adicción al ejercicio.

La superficialidad es buena si sus estereotipos de belleza conllevan a cuidados que benefician al cuerpo y a la salud, pero cuando todo se vuelve extremista se vuelve algo capaz de matarnos. Y es que somos seres emocionales: capaces de exagerar todo, y capaces de hacer todo, cosa por la que cuando describimos el reflejo de nuestro espejo este nunca será suficientemente bueno para nosotros.

No importa lo que hagamos, nuestras palabras siempre serán drásticas a la hora de describir defectos para crear complejos en nuestra imagen, como una tienda que abre las veinticuatro horas porque siempre reemplaza a un empleado por otro. Y dado a que tampoco podemos encajar perfectamente en modas que van y vienen como si fuéramos plastilina que puede tomar la forma que quiera (porque simplemente no es sano para nosotros, y menos si estas modas proponen dañar al cuerpo y aun así la volvemos sumamente importante) es un hecho que jamás se darán las condiciones para que nuestra imagen corporal sea aprobada al cien por ciento tanto por nosotros mismos como por la sociedad.

Y es que eso sería sinónimo de perfección: que tú te gustes y a todos también le gustes, es por eso que la perfección es inalcanzable y la belleza siempre será motivo de debate. Entonces ¿Por qué no bajarle a nuestro drama? Sí, somos seres emocionales, pero también somos seres racionales, y por lo tanto deberíamos de ser activos para juzgar si el estereotipo vigente de belleza es algo que beneficiará a nuestra salud física y mental, o sí sólo ofrecerá una aprobación social y personal de la propia imagen que además podría costarnos nuestro bienestar.

El hacer esta simple comparación puede ahorrarnos mucha enfermedad, dolor y sufrimiento, para así ayudarnos a ser selectivos en cuanto a los estereotipos que seguimos para estar conformes con nuestra imagen corporal, así podremos conseguirnos una autoestima sana sin necesidad de caer en actitudes y conductas autodestructivas.

Eunice Martínez

La Loca del Desamor

Un amor verdaderamente inexistente

Uno que provocó el dolor más fuerte

Que había sentido jamás.

Amores juveniles le llaman;

Los amores juveniles son así

Obsesivos, exigentes: o todo o nada.

Un corazón tan transitado por tu rostro,

Di por sentado que tenía que superarlo,

Enterrarlo y olvidarlo,

Encender el fogón y quemarlo

Pero nada parecía cambiar.

Viajé y viajé;

Fui a Caracas,

Recorrí Mérida,

Visité Maracaibo.

¡Ah! me olvidé de que el dolor

Se traslada con el viajante,

Dolor punzante, palpitante, angustiante.

Era eterno y me acompañaba

Aún en Caracas,

En Mérida,

Y en Maracaibo.

El dolor fue mi fiel compañía,

Junto a la neblina de la noche

Que acariciaba mis huesos.

Ciega, somnolienta, tonta, destartalada

Sin poder de decisión, estática, imperante.

«El amor se debilita», pensé,

Se finge, se entierra.

Dolor que escuece,

Que destruye, que desgarra.

Dolor, dolor que me empuja a olvidarte

A desecharte, a dejar de quererte,

Por mi bien, por tu bien

Por mi futuro, por tu futuro.

Adiós amigo mío, amor mío, vida mía,

Ya no hay tiempo para el dolor.

Mayra Vázquez Laureano

¿Por qué ver y leer *Carmilla*, la vampiresa LGBT del siglo XIX? La novela gótica adaptada a serie web

> *"Si tu querido corazón está herido, mi salvaje corazón sangra con el tuyo. En medio de mi gran humillación, vivo de tu exuberante vida, y tú morirás, dulcemente por la mía."*
>
> Sheridan Le Fanu

Con el paso del tiempo, ha sido necesario acoplar actividades tanto a las necesidades de la sociedad como al avance tecnológico de la misma. Situaciones cotidianas como hacer los deberes del hogar y comunicarse, se llevan a cabo incorporando la tecnología. Ante esta adaptación, la literatura no se queda al margen del asunto. La obra literaria ha pasado de la tradición oral a la escrita: por códices, papiros, hasta la invención de la imprenta con expreso agradecimiento a Johannes Gutenberg. Debido a los aportes de la tecnología, el libro de papel ha encontrado nuevas vertientes para difundir su contenido: Movipocket, FictionBook, ePub, pdf, iBook, Palm Reader, etc.

La novela *Carmilla* ha sido trasladada de obra publicada a serie web, tocando los mismos temas, en contextos un poco diferentes. La actualización en los personajes Carmilla y Laura de la obra *Carmilla* del escritor irlandés Joseph Sheridan Le Fanu nos permite hacer una comparación entre la configuración original de los personajes en la novela y la reconfiguración de los mismos en la serie web, así como comparar su entorno y la influencia que ejerce en sus acciones.

Sheridan Le Fanu nació en Dublín en 1814, y fue el creador del arquetipo del vampiro tan conocido y retomado en el campo literario. *Carmilla* narra la historia de Laura, una joven de Estiria, Austria, que vive con su padre en un castillo. Ella comienza relatando cómo, cuando era pequeña, presenció la visita de una mujer hermosa y la sensación de pinchazos en el pecho. Laura nunca supo con claridad si ambos sucesos estaban relacionados, y nunca pasó de nuevo. Sn embargo, en un paseo cotidiano, ella y su padre presencian el accidente de un carruaje que, al voltearse en el camino, hizo salir a los pasajeros, entre los cuales venía Carmilla, inconsciente, y queda bajo los cuidados de la familia. A partir de ese suceso, Laura comienza a vivir situaciones extrañas que ponen en peligro su vida, hasta descubrir que la joven y hermosa Carmilla no es quien dice ser en realidad.

Siguiendo esta línea dramática, el 19 de agosto del 2014, el canal canadiense de YouTube *Vervegirl* y cuentas de Twitter*,* estrenaron la serie web *Carmilla*, que está conformada por 3 temporadas, además de una película, protagonizada por Elise Bauman (Laura) y Natasha Negovanlish (Carmilla). La trama tiene lugar en la Universidad Silas[2] en Estiria, e inicia con la narración que Laura hace para su video blog. Desde la desaparición de su compañera de habitación, y los extraños sucesos que se desencadenan de forma misteriosa tras la llegada de su nueva compañera, Carmilla. Además, cada personaje tiene una cuenta de Twitter, mediante la que dan continuidad a la historia a partir de pequeños tweets fuera de la pantalla.

Dentro de la novela de Le Fanu, Carmilla era la misteriosa joven que buscaba desesperadamente a Laura, y cuyo secreto es revelado en el penúltimo capítulo: es un vampiro que ha cobrado la vida de otras jóvenes, y estaba en busca de Laura. En la serie web, al contrario, el personaje antagónico es la madre de Carmilla, y decana de Silas; ambas deberán enfrentarse para decidir el destino de Laura y los demás estudiantes de la universidad, con Carmilla al frente.

[2] Universidad ficticia, cuyo nombre se desprende del cuento *Tío Silas* (1864) del mismo Le Fanu.

El llamado a la aventura dentro de la novela gótica de Le Fanu se ubica tácitamente en el segundo capítulo, donde Laura acepta ser la cuidadora temporal de Carmilla. Al convivir durante más tiempo, llegan a tener un vínculo interesante, lo cual se volverá un problema cuando la verdad sea descubierta.

El llamado a la aventura dentro de la serie es para Carmilla, ya que quien aparece como ente antagónico es la decana de la Universidad Silas. Tras la desaparición de alumnas de primer grado, Laura intenta seguir las pistas hacia el paradero de su compañera de cuarto, Betty Spielsdorf, e involucra a Carmilla en el proceso. Al inicio ambas se desagradan, como se menciona en el tweet (Hollis, 2014) “O. My. God. She has a twitter account. Evil has a twitter account.” Sin embargo, comienzan a conocerse y convivir.

Carmilla intenta llegar a un acuerdo con su madre para salvar a Laura y a los demás estudiantes, sin embargo, ambas deben enfrentarse. En la recreación de la batalla, se revela que Carmilla posee fuerza y velocidad sobrenaturales y se transforma en un gran gato negro.

En conclusión, ambos personajes tenían un cúmulo de elementos dentro de la narrativa de Le Fanu, que tuvieron que ser actualizados a dos medios emergentes: Youtube y Twitter. Es debido a las necesidades y la demanda que el espectador tiene en la actualidad, y los medios que más se utilizan en cierta región, que los personajes se reconfiguran, cambiando papeles, y al mismo tiempo manteniendo una esencia de inicio a fin. Tal es el caso de Laura, y una transición de un personaje a otro de Carmilla, dejando el antagonismo y re direccionando el nudo de la trama a una versión con la cual el público puede sentirse identificado.

Referencias

Hollis, L. [Laura2theLetter]. (25 de septiembre del 2014). Recuperado de

https://twitter.com/Laura2theLetter

Le Fanu, S. (1872) *Carmilla*. México: Editores Mexicanos Unidos

Anexos

VIVIANA SANTOS

Díptico panorámico

I

Salen olores fétidos de mi cuerpo. Inhalo, exhalo, respiro y son solo olores fétidos. Levanto una mano, levanto la otra y son olores fétidos. Me siento en la taza del baño, espero, contraigo, expulso y son olores fétidos. Me revuelco en mi propio hedor. Todavía las fricciones de la emoción me afligen. La boca se reseca y una baba blanquecina me invade la lengua, el interior de las mejillas y el paladar hasta convertirse en una pasta viscosa que no me deja tragar saliva. ¿Ha puesto usted en medio del encierro la mejilla izquierda o derecha en el vidrio de la sala a las cinco de la tarde para que se le caliente?; ¿se masturba inactivamente en la ducha?, ¿debajo de las cobijas?, ¿en la sala?, ¿frente a sus vecinos que ahora se le hacen conocidos?; ¿se examina con asco tras dejar caer la ropa?; ¿deja caer el cuerpo entero al piso?; ¿se sienta mal mientras la columna se le tuerce y retuerce?; ¿come por obligación y olvidó lo que significa la satisfacción? Ni usted ni yo somos uno y aun así salen olores fétidos de mi cuerpo: ¿del suyo también?, ¿todavía se perfuma para poner el culo en una silla y mirar por horas una pantalla? Inhalo, exhalo, respiro y son solo olores fétidos. Levanto una mano, levanto la otra y son olores fétidos. Me siento en la taza del baño, espero, contraigo, expulso, y son olores fétidos los que salen de mi boca, de mi vientre, de mis orejas, de mi nariz, de mi culo, de mis dedos, del borde de la uña que apenas puedo ver, de la piel rolliza bajo mis tetas, de la juntura de los dedos de mis pies. Me revuelco en mi propio hedor: ¿usted también lo hace?

Correteo pausadamente una casa que me contiene pero mi cuerpo expulsa la muerte en sí misma tras cada hedor, tras cada mañana en la que me reconozco aireado y poco limpio. Emma Reyes se sentó en un piso rojo encerado mientras repetía que la boca le sabía a hambre y a rabia. A mí la boca me sabe a odio y hartazgo. Recorro la casa de manera horizontal y vertical como quien busca un espacio nuevo, uno irreconocible. Tengo más que claro qué hay en las cuatro paredes que no se caen y me aplastan a la madrugada. Salen olores fétidos de mi cuerpo. Inhalo, exhalo, respiro y son solo olores fétidos. Pongo la mejilla en la ventana para recordarme el encierro, para verlo a través de un cristal manchado con gotas de lluvia que se secan al sol. Pongo la mejilla en la ventana para omitir que me pudro, que ya no florezco. Pongo la mejilla en la venta para intentar remediar eso que sale de mi cuerpo y no se debe al no baño cotidiano sino a una expresión sublime de mi yo descompuesto, putrefacto, corrompido, infecto, purulento, ulcerado, pasado, picado, rancio, exhausto. ¿Se baña usted en las mañanas? yo lo hago todos los días y aun así salen olores fétidos de mi cuerpo. Un cuerpo que cada vez me pertenece menos. El encierro me puso en frente de mi bajeza, de mi exceso, de mi inoperancia, de la falta de flores que

fluyen por mí y en mí. Soy la tierra reseca que deja morir las flores. Un cuero que expele olores pestilentes, nauseabundos, apestosos.

II

Soy una barca que abre los brazos y se entrega a las aguas picadas del Pacífico para que tras la muerte algún ave pueda picotearme y llevarme tan lejos en donde mi cuerpo no sea un contenedor de desechos, o por lo menos que no importe, o que se convierta en alimento para otros. Este vuelo en picada, este vórtice que se abre y me traga y nos traga hasta volvernos carne molida mañana tras mañana es desalentador. ¿Qué sigue?, a veces creo que no sigue nada. Lo que estaba afuera que era lo que intuíamos conocer se detuvo; adentro, en medio del desconcierto, todo debe continuar. Nada para. Es todo y es nada. Es una mentira a la que queremos apegarnos, pero la mentira ni siquiera existe. Tú tipeas, yo tipeo, todos tipeamos; trabajamos en línea. Jueputa, el Taylorismo ha triunfado y mientras tanto solo queda patalear, escribir, farfullar. Hay que seguir, repiten, el flujo de capital no puede detenerse. Los cuerpos caen y se convierten en números mientras a la par más hombres millonarios renacen con los días y las noches. Si la carne se hace pulpa, si nuestra existencia no es más que un bemol que se puede quitar y poner al antojo, entonces, yo deseo lo único que he podido desear desde que lo recuerdo: que se caiga capitalismo. Esa descomposición turbia es la que debería dejar de existir. Que se caiga para que podamos salir a la calle sin pudor y asepsia a tocar el musgo pegado al asfalto o a un tronco repleto de agua, que nos recuerda que la vida misma brota mientas todo se marchita. Este hedor, esta descomposición constante, sería distinta si pudiese ser musgo: ser vida, si pudiese descomponerme afuera.

Alex Villalobos Scandiacus

Tertulia con mi bailarina

Mi sombra da vueltas por mi habitación.

Yo veo cómo crece con mi luz,

La luz que uso para encender mi alma,

Veo como destella en el azul.

Estoy tranquilo.

A pesar de que mis piernas no pueden más.

Pero no las necesito si tengo mi sombra,

Que baila para mí en la obscuridad.

Si subo el volumen a las notas,

La luz crece.

Y mi sombra vive más.

Mientras da vueltas en mi habitación.

Temo por ella,

¿Qué pasará cuando acabe la música?

Y la luz desaparezca.

No quiero que se valla.

Sé que si bailo existe.

Estoy tan solo.

Tertulia.

¿Bailarías conmigo sobre esta luz?

Recogiendo pasos en el viento.

Baila conmigo sobre este ruido.

Que no quiero que te vallas.

Si debo bailar durante toda la noche,

Mis pies volarán por ti.

Porqué temo por ti.

Por lo que te pase en la obscuridad.

Usare mis recuerdos.

Saca del frasco de los botones la memoria del primer sonar.

Ella te acompañará cuando debas irte

Y si te sientes sola.

Baila sobre lo que no existe.

Yo también estoy solo.

Para bailar donde no existe.

Para atar nuestras soledades.

Jeimy Alessandra Sánchez Galván

LLUVIA DE VERANO

"La soledad es la gran talladora del espíritu".
—Federico García Lorca.

Cruzó la calle sintiéndose solo y hambriento. Nada importaba ya, lo único que quería era no volver a ese lugar, deseaba estar muerto, desaparecer del mapa, o que se lo tragara la tierra, cualquier opción era bueno. No quería escuchar a su mamá quejarse, o a su hermano llorar, estaba harto, harto de todo, pero lo único que hacía era sentarse y mirar, quería que lo vieran, que pararan de fingir que no existía, tal vez pudo hacer algo, pero su poca valentía lo tenía preso. Hasta ahora.

Advirtió por el color de las nubes que llovería pronto, poco le importó. Corrió, corrió como si no hubiera un mañana, las personas solo lo miraban con confusión, pero él seguía corriendo, avanzó sin rumbo, por primera vez dejo que sus instintos lo guiaran.

Escuchó un trueno, el cielo se iluminó un instante y después sintió como las frías gotas de lluvia resbalaban en sus mejillas, mezclándose con sus lágrimas, ¿cuándo fue la última vez que había llorado? Incluso el hombre más fuerte del mundo no podría aguantar tantos años el llanto, era como si no tuviera corazón, en cambio su madre siempre se quejaba de él, decía que era un cobarde y un bueno para nada, tal vez tenía razón.

Nunca tuvo el valor para defenderse, incluso salía discretamente de la escuela para que los chicos no lo molestaran, pero ni eso los paraba, el grupo de chicos lo tenían bien vigilado, como si de un ladrón se tratase, jamás lo dejarían en paz.

En ese momento se dio cuenta de que no tenía sentido correr, jamás podría alejar la realidad, jamás podría quitarse lo cobarde que era.

Dejó de correr, no estaba tan seguro de que tan lejos estaba de su casa, inmediatamente reconoció el bosque, el grupo de chicos lo llevaba aquí para darle una paliza o burlarse de él, a lo lejos pudo visualizar un tronco de árbol mojado, camino hacia él y se sentó a un lado, recordó la última vez que le dieron una paliza al lado de ese tronco, aún tenía restos de sangre.

La lluvia caía cada vez más fuerte, obligándolo a salir del bosque, camino unas cuantas calles y encontró una parada de autobús, se sentó en la banca y se bajó la capucha de su sudadera, unos minutos después una señora de mediana edad tomo asiento a su lado.

—Con esta lluvia no es bueno estar fuera de casa, puedes resfriarte —mencionó la señora mientras guardaba su billetera en su bolso.

— ¿A dónde te diriges? —preguntó la señora.

—A Massachussets, donde vive mi tío, ahí comenzaré una nueva vida —dijo el adolescente para después colocarse su capucha y subir al autobús que había llegado.

Dentro no había mucha gente, tomo asiento en el último lugar, pensó lo que haría, pensó en cómo le diría a su tío por qué escapó de casa, giró hacia la ventana, vió como las gotas de lluvia resbalaban por el cristal, luego de eso escuchó a una voz femenina anunciar que el viaje estaba por empezar, sacó de sus bolsillos un par de audífonos y los colocó cada uno en sus oídos, cerró los ojos y sintió como el autobús avanzaba.

José Rodolfo Espinosa Silva

Guía para pasar desapercibido cuando se viaja por el tiempo.

Desde el año 3026 los viajes en el tiempo son posibles. Posibles si…pero costosos. Un viaje al río Futaleufú en el verano de 1993 para navegar en kayak y beber de sus deliciosas aguas cristalinas cuesta aproximadamente setenta mil euros. Ir al festival Woodstock de 1969, para escuchar a Santana y Jimi Hendrix vale entre sesenta y sesenta y cinco mil euros. La agencia TimeExpress acaba de sacar un viaje a la Deutsche Nationalbibliothek de 1983, para escuchar de viva voz a Michael Ende leer su mayor obra: La historia Interminable. El paseo cuesta ochenta mil euros. Dinero que por supuesto no tengo. Afortunadamente siempre está la piratería.

Ahora, existen reglas para viajar en el tiempo. La primera y más importante es no decir que vienes de otra época. La segunda es no revelar información del futuro. La tercera es evitar contacto directo con personajes históricos. No charlar con Cristóbal Colón, Sócrates o Jesucristo, por citar ejemplos. Hay un libro como de cincuenta o sesenta reglas, los artículos que puedes traer del pasado, las vacunas que debes tener para visitar tal o cual época, no se quiere causar una pandemia que cambie por completo la historia, por lo menos no desde el incidente con los ratones en Europa.

Si alguien llegase a romper una de las reglas anteriores los hombres de gris vendrían por él. La policía el tiempo. Quiénes se encargan de mantener el orden cronológico. Ellos detectan las aberraciones de tiempo y dependiendo de la gravedad del crimen puedes ser multado, encarcelado, asesinado o desvanecido. Se creía que la peor manera de morir era ahogada, hasta que descubrieron que podían matar a alguien a los pocos días de nacido. La persona a quien le aplican este castigo se va difuminando mientras grita en agonía hasta que desaparece.

¿Han escuchado la frase: lo barato sale caro?, pues era precisamente lo que sucedió. Se suponía que estaría en la Alemania de 1983, pocos años antes de la caída del muro de Berlín. El turco que me vendió los boletos me lo había jurado por su madre. ¡Qué poca madre debía de tener!

Apenas escuché disparos me tiré al suelo. Rodé hasta una de las trincheras más cercanas. Al levantar la vista pude ver una bala grande y lenta. Comparadas con las armas del siglo XXXI las armas del siglo XX parecían tan arcaicas. Pero sabía bien que no debía confiarme. Una bala de esas, en un punto vital podría causarme la muerte. Los soldados se acercaban a mí. Vestían con mascarilla en el rostro. Una delgada gabardina color verde oscuro. Botas militares. Cada uno portaba un largo fúsil con bayoneta en la punta.

Saqué mis píldoras, repasé los colores, azul para inglés, rojo para español…la de alemán es de color amarillo. La meto a mi boca y trago.

— ¡Identifíquese! –me ordena uno de los oficiales. Tras la máscara su voz se escucha menos humana.

— ¡Soy alemán!, soy alemán.

El hombre se descubrió el rostro. Era caucásico, de ojos azules, mandíbula cuadrada y una cicatriz en la mejilla. Si podía hacer que confiara en mí y lograr llegar a algún lugar a descansar. Sólo debía mantenerme a salvo veinticuatro horas, el tiempo que tenía el cronómetro de mi cinturón. Después de ese tiempo regresaría automáticamente a mi época.

— ¿qué está haciendo aquí?

— ¿Dónde estamos?

—En la frontera con Francia, estás en la guerra mundial chico.

— ¿La primera o la segunda?

Vi a lo lejos a un par de hombres vestidos de gris. Y sentí como cada célula de mi cuerpo explotaba. Cerré los ojos y lancé un aullido con todas mis fuerzas. Pude escuchar disparos, pero no los sentí. Con la piel ardiendo y los ojos perforados por mil agujas, con la nariz en llamas. ¿Qué eran unos arcaicos disparos de fusiles? Pensé en mamá. En la única vez que fui a la playa. Una tarde lluviosa leyendo, con las orejas rojas y los brazos.

Gonzalo Gala Guzmán

La vejez del alma errante.

Un grupo de cigüeñas picoteaba el suelo en medio de un paisaje verde con caseríos dispersos por las montañas, poco antes de llegar a Siempreviva, el pueblo en el que Francisco Macías había vivido. Fue creciendo con las historias que formaban parte de su niñez, rescatadas cuando de crío acompañaba a su padre, el médico de la comarca. Ahora, después de toda una vida llena de claroscuros, bastaba girar la llave a la cancela par a acceder a ese bastión, antaño fonda histórica en la ruta hacia Santiago.

Rompió en escritor, que era el destino a donde solían arribar muchos jóvenes frustrados, con más imaginación que ciencia, más entusiasmo que experiencia vital. Por eso, ya no habría hombres como él en la actualidad; ahora la juventud tendía hacia otros derroteros, y sobre todo porque el ser "alma errante" iba contra natura de una frenética vida, absorbida por la prosaica realidad de conseguir dinero para pagar facturas. Por eso, Francisco Macías, el último de esa especie, de almas inquietas y bohemias, se dedicó cincuenta años al oficio de garabatear cuartillas y descubrir mundo, "abrir fronteras en la imaginación y en la Tierra", como solía decir.

Antes de quedar con la boina, la barba blanca, la bufanda y el gabán; fue explorador con botas polvorientas en los desmontes del extrarradio, husmeó con intuición de ratón de bibliotecas por librerías de lance y viajó "haciendo suyos los pasos del mundo". Como alma errante, no habría mejor que poner distancia. Haciendo suyos unos versos de Kavafis, alguno habría oído cómo se levantaban cárceles a nuestro alrededor: "La vida cotidiana termina siendo una prisión, preso de las opiniones, de tus temores… Aislado, quedas tú, tus obras y tus fantasmas". Cuando se llegaba a un sitio nuevo, se encontraba "la paz de los monasterios" y cuando volvía de sus viajes, venía rejuvenecido. Llevaba trajes claros, sombrero fieltro y tenía dos dedos de cabello de más. Desbordaba en proyectos, hablaba de volverse a marchar, a Estados Unidos, a Argentina, a Escandinavia; e incluso las mujeres se disputaban permanecer a su lado.

Existía el rumor que en las noches neoyorquinas, uno de sus americanos, plagadas de excesos y de extraños, buscaba mucho más que los placeres de una reunión de intelectuales e incluso más que un rastro de carmín de las mujeres. Una hazaña la tuvo en un tren argentino, en el que logró seducir a una monja. En su escarceo, en el vagón de tercera, ella estuvo a punto de sacarle un ojo con la punta de la toca almidonada. Pero, a pesar de la belleza de la pampa argentina, los atractivos americanos y de la soledad hipnotizadora de los fríos escandinavos, la nostalgia de su tierra era una lejana ensoñación. "El deseo de volverse al terruño". Su pueblo adquiría, a la distancia, dulzuras de criatura.

El aroma a tomillo, y tantas otras florecillas, cuyo perfume entraba en la boca y casi se tornaba en sabor. Allí era donde nació y creció. Jugaba sobre los verdes prados, en ese tiempo exaltado y puro. Así, cuando decidió al fin regresar, paras quedarse, volvió a esa casa que estuvo cerrada tantos años, porque no acudía nunca a ella. Sin embargo, algo había cambiado. En su juventud él mismo era un personaje *macíano* hasta sus últimas consecuencias; delgado, alto, simpático y de sonrisa agradecida. Pero en su vejez, cuando quedó varado ante un plato de sopa, se hizo un gruñón y pesimista tertuliano. Compartía café y un surtido de bollería en aquellas citas de media día, con contertulios fijos y otras gentes extrañas de paso.

En la calle Alarces, aledaños de la plaza mayor, en donde el Café Quirós reunía a sus contertulios, Francisco Macías se encontraba al llegar que en la mesa de los tertulianos estaba sentado un prelado. Lo había invitado el padre párroco del pueblo para que conociese al escritor y pusieron a disposición de tan ilustre visita, un centro de té, café y un surtido de bollería. Pero los que formaban parte de la tertulia, algunos liberales, anticlericales, las fuerzas vivas del pueblo, y sus esposas, quedaron en un silencio temeroso ante aquella dignidad eclesiástica sin que nadie osara romper aquel aire suspendido. Después de un largo mutismo, Francisco alargó la mano, diciendo: "Un servidor, con el beneplácito del señor obispo, se va a comer un cruasán".

-Y dígame, señor Macías, usted… -Queriendo devolverle la palabra, el prelado inició la conversación, aunque Francisco le interrumpió.

-Por favor, tutéame, estamos entre amigos.

-Usted,… tú, que has viajado tanto, podría ilustrarnos sobre lo que ha visto en otras tierras. ¿Qué bellezas reservó Dios para este mundo nuestro que muchos no conseguiremos nunca ver?

-Lo universal. -Empezó diciendo, cuando fue a echar mano de su café para darle un breve sorbo a su bebida-Convertirse en trascendente. Es irse más allá del terruño propio y descubrir lugares jamás imaginados. Es el sueño de muchos. Este era mi sueño, y era un buen sueño. Pero se trata de un sueño que necesita revisión. En muchos lugares de América, soñar con lo universal es acceder a otros pensamientos que te hacen ver que los tuyos, de los que has mamado desde tu nacimiento, no son necesarios.

El obispo y otros de sus tertulianos se quedaron asombrados ante esa declaración, e incluso al párroco del lugar le dio un vuelco a la taza, cuando fue a beberse su té. Ese era un comentario tan desleal, algo agitador para lo que tendría que ser ese personaje tan afamado que hasta atrajo la personalidad eclesiástica de la capital. Pero al querer conocer el nudo vital entre la obra y el autor, se sumergía en lo que había de memoria y ficción de su propia creación literaria. Lo que sucedía era que Francisco Macías regresó a su pueblo natal, de vueltas de todo, convertido en algo gruñón y de ideas temerarias; no le importaba decir esas verdades que todos parecían callarse. Alguien quiso quitar hierro al asunto y dirigir esa velada a temas más interesantes, fuera de los asuntos propios de la religión o la política, que podrían exasperar el carácter de los presentes. Una de las mujeres, la esposa del alcalde, sacó a la palestra un asunto más prosaico.

- ¿Díganos a qué personalidades conoció en sus viajes?

- Figúrese, he conocido a Freud, he conocido a Debussy, he conocido a Baroja, casi en sus comienzos, y además, a Caruso.

- ¡A Caruso!

- ¡Caruso no hubiera sido el mismo sin mí!

Fue usando el procedimiento de los hombres que empezaban a envejecer, comenzar a narrar una serie de anécdotas rápidas, haciendo malabares con los recuerdos. Los demás decían "verdaderamente cuando está en forma, es extraordinario". Poco a poco, fueron abandonando la tertulia, aduciendo algún tipo de contratiempo. Los dos eclesiásticos se marcharon los primeros, luego se retiró el boticario, y el alcalde y su señora, aprovecharon su coche. Francisco Macías se quedó sólo cuando fue a terminarse su segunda copa, y se fijó como el café dejaba esa manchita negra, en el fondo de las tazas, y en los bollos que aún permanecían en sus bandejitas.

A causa de este y otros escándalos afines -eso de decir la verdad, en ciertos círculos, no era algo muy respetado-hizo que, con camisa de fuerza, le internasen en un psiquiátrico. Poco tiempo, pues su avanzada edad le impidió un infernal periplo, pero a pesar de ello, fue sometido a dolorosas y severas terapias. Por otra parte, tuvo la fortuna de caer en manos de médicos cultos que preciaban su talento y le proporcionaban lecturas y papel para escribir. Sin embargo, no podía negar las consecuencias de un sistema casi medieval de reclusión, que soportaba junto a otros enajenados. Pronto, no obstante, logró salir e instalarse en casa, en donde consiguió alcanzar su ansiada tranquilidad durante el tiempo que le restaba. Unas semanas más tarde, la asistenta le encontró sentado en el salón principal. Frente a la chimenea, había una figura encorvada, sentada de espalda a la puerta. Ni el ruido de los pasos, ni el del portón abriéndose, hicieron que aquella persona volviera la cabeza o se moviera.

Un trozo de leña produjo una viva llama y la mujer avanzó unos pasos y se fijó en su rostro.

- Señor Macías -le llamó.

La criada puso la mano en su hombro y el cuerpo cedió unos milímetros. Su sonrisa estaba mustia, sus ojos aparecían apagados. El silencio de aquella explicación estaba claro: Francisco Macías había muerto. Pero, a pesar de ello, la fatiga había huido de allí y un reposo celestial parecía embargarlo. Una hoja de cuartilla se resbaló de sus dedos, aparecía escrito el texto final de su obra maestra: "En mi mirada hacia la playa, como si estuviese en la cumbre del mundo, observé el brillante horizonte. Olas fosforescentes, perdiéndose y agitándose en una mar embravecida. Olas que no conocían la calma, olas áridas y furiosas. Olas que harían soñar al poeta".

Descubrieron que después de toda una vida, de tantas anécdotas y experiencias reunidas, como un niño grande presente aún en su niñez, sólo quería una cosa: conocer el mar. Todo lo demás vendría por añadidura. Francisco Macías, como todo poeta, terminaba escribiendo sobre sus sueños más íntimos, sobre él y sus fantasmas.

Byron J. Encinas Velázquez

EN LA VASTEDAD

Muy lejos, fuera de cualquier vecindario conocido, rodeado por cúmulos de galaxias a una distancia tan grande que explicarlo se torna en una tarea imposible. Observaba el espacio y el polvo traer a la vida estructuras magníficamente enormes, formando cuerpos de todos los tamaños, y en ellos se formaban otros y así. Surgía el planeta, una aglomeración de rocas unidas por la presión de su propia atracción, endurecida en su exterior y aun en movimiento. Cubierta de una membrana a muy alta temperatura que lentamente se empezó a enfriar. Las cosas sucedían muy rápido, podía sentir que por fin observaría el surgimiento de un mundo desde su inicio.

La membrana se había formado, una capa de roca tornándose verde y un líquido emanando del subsuelo. Ahora verde pasto delicadamente amarillento; durazo tal cual la frontera del inacabable universo; blanquecino y añil. Pequeños animalejos salían de la gran masa de óxido de dihidrógeno y con ellos se formó una nube delgada de veneno sobre la superficie. Cualquier intento de contacto era fatal, una muerte lenta, socorrida por la delicadeza del ser; algunos habían muerto antes de él, por observar con demasiado detenimiento, sin embargo, su fascinación por aquel danzón de fluido, cada pequeño instante de la vida en varios y distintos mundos a años luz de separación; nacían sumergidos en un mar de estrellas en una pequeña mota de polvo celeste y morían de la misma forma.

Pudiendo, desde su ubicación, observar plenamente el borde del universo y lo que se encontraba detrás. Nació junto con los primeros átomos, por capricho de la existencia misma siendo el primer testigo de la existencia del universo, al igual que el primero en recibir a las otras formas de vida. Observa y presencia simplemente el cauce, el flujo descontrolado. Capaz de ver unas y otras a la vez, el universo en indetenible movimiento, dando cuerda a los milagros más bellos que jamás dos globos oculares verán, y con ello comenzaba a perder eventos memorables incluso para un ser de tal magnitud y longevidad. En un inicio, no lograba computar la propia existencia, como un recién nacido del polvo, nada ponía a su desdén fin, más que la ardua y prejuiciosa observación. No fue hasta que la primera estrella se formó, que la red espectral de electricidad que formaba su análogo a la conciencia despertó la principal chispa de lo que sería una emancipación propia. No más espera, pues los siglos eternos de inminente desconcierto ahora empujaban a más. A notar su papel en la creación. No solo observar, sino redireccionar el río del tiempo hacia donde pudiera, mejorando los resultados de cada pequeña cascada de eventos. Manteniendo un equilibrio visible a quien con dubios ojos pudiera ver.

En contados planetas existen dioses, deidades, todopoderosos cuya tarea se asemeja a la de un manto espaciotemporal continuo e incorpóreo. Grabar la interacción universal en su tela para así, bajo la tutela de sus anteriores, continuar documentando. Sin embargo, no sabían de su mutua existencia.

Convocados, al fin, alrededor del planeta primero, el hijo de la creación universal, innovador de entre los de su clase; La Tierra, se juntaron quienes las vibraciones del manto espaciotemporal pudieron sentir, entonces entre los seres primigenios que habitaban el universo, no como seres vivos, pero como presencias que sin definir las condiciones por las

que se conocían y se comunicaban; se sentían y escuchaban. Aunque sus voces, para nosotros nada más que radiación electromagnética suponían un nivel fuera de la escala de lo que conocemos como comunicación. El polvo estelar se negaba a participar de forma activa y por tanto se negaron a la idea que daba origen a dicha invitación. La discusión generada al pie de dicha esfera de carbono y gas, los distrajo de la creación de más estrellas y planetas orbitándolas, de asteroides y cometas frecuentando cúmulos y galaxias e incluso el desarrollo de una nueva especie que repentinamente nació en el planeta azul y verde, con la forma de un grupo de multi-extremosos seres relucientes que con extenso uso de herramientas o extremidades artificiales comenzó a desarrollar tecnología que en pocos momentos les dio capacidad espacial «y por tanto, la más avanzada del universo» y seguido de eso conquistaron su satélite, habiendo sobrepasado a otras civilizaciones que perecieron antes de alcanzar la cuarta parte de aquel avance. Entonces, un ser humano, en medio de los múltiples viajes interplanetarios que se realizaban en aquel momento, que obedecía sus propias leyes llegaba por primera vez al espacio, rompiendo la de nuevo aquella barrera del dominio del universo. La discusión acabó, la atención de aquel grupo de casi omnipotentes entes veía con su particular sentido de la vida en mente:

Un humano se hallaba varado, en dirección a la oscuridad del cosmos, sucumbiendo a la desesperación y la tristeza, rezando a su dios por una muerte sin sufrimiento; tal vez ser destrozado, desgarrado por basura espacial viajando a miles de kilómetros por segundo; vientos solares que acabaran con su perdición velozmente. Nada de eso pasaría. Pasaron días, quizá horas, quizá minutos; tal vez de inmediato, recibió la atención de los testigos de la vida, quienes lo observaron, visiblemente en forma de nubes densas y presentes, y se desmayó. Le vieron y comprendiendo su sentir, negociaron su destino y algún modo de ayudar sin cambiar el rumbo de aquella civilización. Fue poco tiempo, pero ¿Qué clase de tiempo tendrían en común seres tan inmensamente poderosos con un pequeño hombre? Quince minutos les tomó llegar a una solución. Todos de acuerdo. Y en sus sueños sufría el mismo destino. Observaba enfrente de sí vacío y estrellas o galaxias de fondo. Era observado y estudiado a la vez, por un ser tan enorme para la escala humana que resultaba imposible de ver, que se confundía con la oscuridad más lejos de lo que el Sistema Solar, la Nube o Centauri, pudieran estar. Y aunque no era conocida por los humanos, habían descrito un ser de características similares y lo llamaban Dios: grande como el cosmos mismo, tanto que se podía considerar el espacio oscuro detrás de las estrellas en el cielo; con la capacidad de ver más allá que el borde de la existencia y sin ningún rastro de conciencia como la conocemos, especial en todos los sentidos y fácil de asombrar. Le asombran los perros y los gatos, las hierbas y los árboles. Pero es indiferente a nuestro destino, que conoce muy bien, pues ha presenciado a muchos como nosotros y a muchos presenciará después. Tan mortal como el tiempo e igual de absoluto como éste. Está en donde solo él quiere estar, por tiempos que nadie mide.

La tierra había desaparecido, momentos después de fallar al intentar sostenerse de la estación espacial que orbitaba el planeta. La adrenalina y la posición al igual que la falta de energía rotacional suponía que la tierra se mantenía a sus espaldas, sin la posibilidad de ver por última vez el grande terrestre que había mantenido a su raza durante milenios. No pensaba, pues el harto terror corría por sus venas, agitándose en todas direcciones y sudando dentro del traje. Las estrellas también desaparecen, lentamente su luz se atenuaba hasta tornarse roja y luego desvanecerse. Con el tiempo, dejaba de sentir que se alejaba de algo, solo experimentaba una ingrávida estática sobre la cual todo estaba quieto y la única pieza de materia posible pertenecía a él. De no ser porqué podía ver sus pestañas, la frente

de su casco, sus manos y piernas clamaría para sí mismo ser ciego. El silencio era inenarrable, carente de sanidad, pernicioso. No imaginaba así el vacío espacial, o al menos no concordaba con lo que había estudiado, su mente desvariaba conforme sus ojos veían la nada. Inmensa. Vasta. Aterradora.

La nube inexistente se volvió densa, hasta que su mente despertó en un sueño. Dentro de una oficina sin puertas ni ventanas, de unos cuarenta metros cúbicos; con una máquina de escribir, un librero y muchos paquetes de hojas; un paquete de cigarros, fotografías familiares y un baño. Era tan imposible y real que no juzgaba su presencia. Suponía, era un sueño lúcido. Sentándose entonces a escribir. Colocó la primera página en la máquina y lo tituló "Autobiografía del astronauta Rogelio Montessori" y comenzó a presionar teclas, dejándose llevar, designio de la causa que le llevaba a soñar tan lucidamente. ¿Me recordará alguien si muero aquí? Se preguntaba, tecleando con desembarazo. Esperaba poder publicar su libro, sueño que desde la infancia perseguía incluso antes de su empleo actual. Se visualizaba como un autor prolífico que moriría en la cumbre de su trabajo, y así sería, una vez terminara su primer libro, algo con lo que su gente lo recordaría, "Él fue Jesús Verde, gran astronauta. Hombre, padre e hijo" dirían allá en la tierra. Mientras tanto, su cuerpo moviéndose sin dirección flotaba carente de vida, solo como un recuerdo del hombre, del miedo y otros tormentos ufanos. Inherente a un miembro de la familia pensante. Pero a lo lejos, franqueando la muerte en un plano diferente, sostenía en pleno rostro una sonrisa de ensueño. Tal vez, aún sin nadie presente para verlo, siempre había estado ahí.

Karina Patricia Del Santo

Crónicas humanas

Dormir y volver a dormir,
Despertar con los sueños en las manos,
Acariciarlos y guardarlos otra vez.
Sentir que el aire que inspiramos
Es el que dejamos cargado y quieto,
En el mismo lugar de ayer.
Pensar que las luces de pantallas
Y los no sonidos, son protagonistas
De esta película de estatuas vivientes
Y de seres grises enclaustrados,
Que se atribulan por los ausentes.
Verse prisioneros de un demonio,
Que alcanza formas humanas,
De un abrazo, de un beso,
De una lágrima que mana.
Sentir el deseo intenso de un río,
De una montaña, de arena,
De que nos moje la lluvia entre el gentío.
Saber que en el mundo se dispersaron,
Como canicas en el piso de cerámica,
Los fantasmas de la muerte,
Que entraron por los ojos asombrados
Y por las bocas mudas de la gente.
Creer que existen los amaneceres puros,
Los cielos despejados de tempestades,
Con un arco iris intenso, puerta a la libertad.
Entender que los que nos precedieron
Se oscurecieron y se encendieron,
Padecieron y revivieron
Y que al final del camino tenebroso,
Los hombres siempre terminan
Rebautizados de sol.

Gustavo Sáenz

El ensayo, género absoluto

Creo que el ensayo como género no presume de la certeza, al contrario, el lector se hace cargo del asunto. Es una invitación a la convivencia analítica; el lector lee para ver hasta dónde está de acuerdo con lo que está leyendo.
Santiago Kovadloff

Cuando pienso en el ensayo, pienso en libertad condicional: el ensayo es libre, no es un género tan paradigmático como otros, pero debe cumplir ciertos protocolos: es una construcción social, dice Yépez, asegura que es policiaco, quiere averiguarlo todo, nos tiene en suspenso. Es también un experimento. En palabras de Bense: «Escribe ensayísticamente quien compone experimentando, quien vuelve y revuelve». En el ensayo no se narran acciones humanas, por tanto, no hay nada en qué creer y no tiene sentido pedirle ninguna verosimilitud, nos instruye Hiriart.

El ensayo es un género absoluto: ensaya, prueba, juega, divierte, comunica, enseña. También controla y acota. ¿Acosa? —se pregunta Yépez— yo creo que sí, el mismo Yépez asegura que, en el fondo, es un aforismo perorativo, juez del resto de los géneros, analítico, delator… en ese sentido sería acosador.

El ensayo es cómplice del cuento. Ambos siguen paradigmas criminalísticos, dice Yépez; ambos pueden tener personajes, nos cuenta Hiriart. Yo creo que el ensayo toma elementos del cuento y algunas figuras retóricas como estrategia del ensayista para entretener, que es, según Hiriart, el compromiso del ensayo. También estoy cierto en que esas mismas estrategias valen para cumplir con la sentencia de Abenshushan cuando dice: «El ensayo fue concebido en las tardes ociosas de Michel de Montaigne como un género libre y placentero, entregado a la especulación espontánea sobre cualquier cosa».

En lo tocante a la forma, hay muchas opiniones, casi todas disímiles: Yépez dice que controla el pensamiento; Bense dice que "lo ensayístico, bien formado, desarrolla reflexión"; Chesterton habla de las diferencias entre las viejas formas y las nuevas y sostiene que «la diferencia (…) consiste en que las viejas (formas) estaban limitadas por un propósito lógico» y aprovecha para asegurar que «el hombre moderno, con frecuencia, solo ensaya, o intenta, llegar a una conclusión». Personalmente, me siento atraído por la idea de que la forma ideal para un ensayo es aquella en la que el escritor hace evolucionar la idea espontáneamente. Y es que el ensayo no tiene certeza, es revolucionario, es imaginativo, ingenioso, intuitivo —ya nos lo dice Gil Villegas, cuando afirma que va más allá de lo científicamente demostrable—. Hiriart declara que lo admite todo: el chisme, la tentativa, el dicterio, la cita de memoria, el coqueteo, la arbitrariedad… bueno, pues es cuestión de tomar esa murmuración o esa injuria y hacerla evolucionar a lo largo de un texto.

Claro que eso no es todo, sería demasiado fácil —y con tal afirmación no estoy asegurando que el ensayo deba ser difícil o enredado— hay que tomar en cuenta la repercusión que lo dicho por el ensayista tendrá en el lector, intentar tener una charla con él, conseguir que el tema tratado, por nimio o significativo que sea, le atraiga y le entretenga. Torri prefiere el ensayo corto, que «ahuyenta de nosotros la tentación de agotar el tema (…) Nada más lejos de las formas puras de arte que el anhelo inmoderado de

perfección lógica». Dice Virginia Woolf en *El lector común* que «Un buen ensayo debe tener esta cualidad permanente: debe bajar su cortina alrededor nuestro, pero debe ser una cortina que nos encierra dentro, no fuera». En fin, hay que, como nos instruye Abenshushan, tener un estilo propio, divagar sin proponerse dar con una verdad general, pero sin renunciar a una verdad íntima, solo una cosa hay que exigirle: procurarse un estilo.

Así las cosas, un ensayo literario podría definirse como un texto experimental en el que se lleva a cabo un análisis entretenido, fácilmente digerible, alejado del yo, aunque trata sobre temas que interesan al ensayista e, inclusive, tiene, casi siempre, como todo texto literario, tintes autobiográficos. Debería ser charla con el lector, detentar claridad, debe preguntar —y no necesariamente responder— sobre temas bien delimitados, pero con total libertad. No creo demasiado en el ensayo corto, pero admito que es atractivo para el lector. El ensayo debe, sobre todas las cosas, ser honesto: quien escribe un ensayo tiene la obligación de creer en lo que expresa, de otro modo, el intento se constituirá en fracaso.

Referencias

ABENSHUSHAN, Vivian, "Contra el ensayista sin estilo", en *Una habitación desordenada*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Equilibrista, 2007. (col. Pértiga), tomo, pp. 101-108.

BENSE, Max, *Sobre el ensayo y su prosa*, trad. M. PIÑA, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

CHESTERTON, G. K., "Sobre el ensayo", en *La cólera de las rosas y otros ensayos*, Xalapa, Editora de Gobierno del Estado de Veracruz, 2004. pp. 47-53.

GIL VILLEGAS, Francisco, "El ensayo precursor de la modernidad", en *Vuelta*, México, 1998. Número 257, pp. 13-23. Disponible en: https://www.letraslibres.com/vuelta/el-ensayo-precursor-la-modernidad

HIRIART, Hugo, "El arte del ensayo", prólogo a *Discutibles fantasmas*, México, Era, 2001. ISBN:789684114937.

TORRI, Julio, "El ensayo corto", en *Tres libros*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981. pp. 33-34.

WOOLF, Virginia *El lector común*, trad. Daniel NISA Cáceres, s/l, DEBOLSILLO, 2010. ebook, ISBN:9788426418296.

YÉPEZ, Heriberto, "Yo Acuso! [Al Ensayo] [y Lo Hago]", en *Contraensayo. Antología del ensayo mexicano actual*, selección y prólogo de Vivian ABENSHUSHAN, coordinador: Álvaro URIBE, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012. pp. 97-102. ISBN:978-607-02-3787-4.

Gustavo Sáenz

Pluralidad de los limones

De la naranja lo que quisieres, de la lima lo que pudieres,

y del limón cuanto tuvieres.

Toda disertación sobre los limones, es un ejercicio de reflexión sobre la versatilidad; esta fruta cítrica se usa para todo: para eliminar manchas de la piel, blanquear las uñas, reducir la grasa de la piel, fijar el cabello, como desodorante, exfoliante y para combatir el acné. Algunos aseguran que beber jugo de limón en ayunas, es un remedio ultra eficaz para adelgazar; es antioxidante, por lo que, si lo untas a una manzana partida por la mitad, evitas que se ponga negra; combate los malos olores ambientales; alguien aseguró que es un remedio contra la gripe: "ajo, cebolla y limón, y déjate de inyección"; reduce los niveles de estrés, favoreciendo el buen humor; bueno, inclusive hay personas inquietas que lo han usado para encender foquitos led o generar fuego. Por supuesto, se agrega a toda clase de frutas y comidas para "sabrosearlas"; hasta para nombrar colores es útil: "esa chica trae un vestido verde limón". Enlistar todos los usos que se pueden dar al limón en este espacio sería una tarea estéril, pero no puedo dejar de mencionar que descubrí que también sirve para relacionarse:

Un sábado por la noche, caminaba algo exaltado por Av. Madero; los turistas habían aprendido a esquivarme e ignorar mi excitación. Andaba perdido en el laberinto de personas reunidas para admirar el encendido artístico de la Catedral. Salió una mano entre la muchedumbre y mi nombre fue pronunciado. El dueño de la mano era un tipo delgado, blanco, rubio, con ojos y sonrisa de niño. Se llama Francisco. Es grabador y especialista en cultura purépecha; con él estaban nuestro amigo común, el escultor Marco Antonio López Prado, y un escritor chileno, Roberto Rimsky (muy blanco y mayéstico, casi british), un poco ruidoso e impertinente; en medio de las presentaciones me percaté que traía consigo (además de su último libro) un volumen titulado *Cultivos arbóreos de México a la Patagonia* y otro denominado *Dendrología asiática*. Disfrutamos ampliamente del encendido y luego nos instalamos en el bar favorito de López Prado. Roberto y yo hicimos equipo de inmediato; cuando pedimos el primer tinto, ya nos llevamos bien; después del último tequila, a eso de las tres de la mañana, somos viejos amigos, casi hermanos. Charló un poco sobre la situación social de su país, sobre la violencia característica de Michoacán, vinculó esta con el amor, derivó el tema en la literatura, aprovechó para hablar sobre la multiplicidad de su obra y terminó explicando, sin que se lo preguntase, el porqué de los libros que traía consigo:

—Estamos realizando una investigación para nuestra nueva novela.

Ante la pregunta obligada respondió: ¡Los limones!, parloteó sobre el origen asiático (entre el Himalaya y China) del cítrico cuyo nombre procede del árabe *laymún*, las variedades que existen, y me contó la leyenda del limón de oro: "Dicen algunos que hay un limón de oro al año; otros, que sale uno cada cien años, o que cada generación tiene el

suyo, pero que lo cierto es que estos singularísimos y áureos cítricos pasan inadvertidos y no se sabe qué es de ellos, algunos se pudren en el piso con sus hermanos comunes. Pero estos limones de oro son capaces de curar cualquier dolencia del cuerpo y del alma y quien prueba su zumo jamás vuelve a sentir sed". Aseguró que, desde que sabe estas cosas, acaricia con unción cada limón que cae en sus manos, por si acaso resulta ser el bueno. Aunque, ya borracho, me dijo que su gran secreto, solo conocido por sus más íntimos, es que su próxima novela será su propio limón de oro, será tan maravillosa que todos querrán leerla y no volverá jamás a sentir hambre o sed. El único problema, me confesó, es que "no sabemos cómo comenzar".

Antes de que continuara parloteando le dije: no intentes explicar al limón, quien no ha abrazado a un limonero en las horas oscuras, no puede comprender la sensación de escuchar correr la savia por sus arterias, no puede saber del olor de la nostalgia que producen sus hojas y el alivio en el ánimo que provoca el zumo de su fruto al morderlo; no puede conocer el sabor de los recuerdos; no puede concebir la tristeza del grillo, que canta para no olvidar aquel viejo limonero que fue su hogar antes de terminar en el taller del ebanista. Quien no ha recolectado sus frutos al amanecer para preparar la limonada del mediodía, no conoce verdaderamente al limón. Su textura, a la vez suave y rugosa, es el recuerdo de las manos de las nanas.

Con un ojo al gato y otro al garabato, Paco Villa se incluyó en la conversación para relatar la vez que probó el manjar de limón de mi abuela, de la magia que supone presenciar su elaboración y la delicia de su consumo. Roberto me hizo prometerle que le daré la receta, ya veré como esquivo después esa promesa, ya que he olvidado el proceso.

Desperté a las ocho en mi apartamento, había dormido dos horas, pero el hambre me movilizó. Descubrí a Roberto en mi cocina. Como estaba en mi departamento, husmeando en mi refrigerador, supuse que ya éramos amigos. Siempre me ha intrigado el proceso de "hacer" amigos; el inexplicable mecanismo de lo afín, el cómo y por qué se construyen las complicidades; no basta tener una misma profesión o similar ideología, tampoco parecidas pasiones estéticas garantizan el nacimiento de una amistad. Es difícil decir por qué se es amigo de alguien, pero no se duda de una amistad una vez establecida. Me pregunto si un político es capaz de sentir tal certeza.

Cuando Rimsky encontró lo que buscaba, giró hacia mí con las manos llenas y exclamó: ¡Preparemos ese manjar!

Leonardo E. Arteaga Ibarra

Glaciares e incendios forestales

Dulce noche buena, por mirada llevas un faro
y por caderas posees dunas de talco caro.
Sirena de cuerpo blanco, sirena lagunera,
asombrado estoy de tu negra cabellera.

Mujer, por el puerto voy cautivado por tu voz,
tarareando tu canción y bailando con el sol
que a pesar de ser grande, intenso y rojo
no termina por calentar la nevera de tu piel;

Tu boca angosta es una fría pradera de invierno
y tus manos son como cristales de hielo…
Aquí entro yo; volcán de cumbres secas,

Tormenta de arena y pasión de primavera.
Brisa navideña, tus mejillas son glaciares
y mis labios arden como incendios forestales.

Hasta la PrÓxima